

EDUARDO JORGE BOSCO

Eduardo Jorge Bosco (1913-1943) fué alumno de nuestra Facultad. Esto quiere decir que, además de su capacidad poética, había en él, fomentada y encauzada en nuestra casa de trabajo, una capacidad crítica.

Bosco vivió y pensó como poeta. Entre sus muchas notas—destinadas a aclararse, descubrirse, a formar el terreno especulativo de su labor de poeta— éstas, tan luminosas, reflejan su posición ante el problema fundamental del escritor americano, elegir, fundamentar su propia tradición. Bosco vió justo, y su lectura, hoy, puede servir de estímulo —por acatamiento, por reacción, hasta por indiferencia— para nuestras propias soluciones.

D. D.

LENGUA Y CASTICISMO¹

Volver a lo nuestro significa no perder derechos sobre lo conquistado, sino ganar otros nuevos. Rescatar de nosotros nuestras perdidas virtudes y acrecentarlas con otras que estén de acuerdo con nosotros. Volver a lo nuestro no significa disfrazarnos con lo ajeno, sino buscar en lo ajeno lo que se lleva bien con nuestra alma, y hacerlo propio lentamente por la pasión y el fervor. Aquella palabra españolísima y no usual entre nosotros que usó Quevedo no nos suena a falsa; entonces, ganarla para nuestra expresión. Aquel paisaje de quien sabe qué país remoto traduce bien nuestra emoción; incorporarlo. Pero no cubrirnos con falsos oropeles, vestirnos con sedas para el campo (o a la inversa); sino encontrar lo que se ajusta a nosotros, encontrarlo en cualquier civilización y bajo cualquier cielo. Así, veremos que hay zonas que aparentemente cercanas por la raíz de nuestra cultura y por su misma universalidad

¹ Estas páginas forman parte de la Obra de Eduardo Jorge Bosco que recopilada por sus amigos está próxima a aparecer. Con su publicación "Centro" se asocia a su fraternal homenaje.

distan mucho de nosotros. Por ejemplo, el paisaje clásico, de luz griega y locuaz, de verdura y mar, de tranquilísimo contorno, resulta falso para nosotros que no lo podemos imaginar sino literariamente. Nuestra luz es más áspera, y se encontrará más cómoda con la tonalidad bíblica. Somos más austeros en un todo, aunque tanto o más sensuales, pero de una sensualidad distinta. La sensualidad que nos legara, no los griegos, sino el Renacimiento español. La misma sensualidad de los profetas bíblicos y de los místicos españoles, la sensualidad de la muerte. La sensualidad del que se sabe carne de huesa, carne espléndida en cenizas, y goza con ello. La que nutre toda la lírica española. Las meridianas aguas solares que bañaban a Grecia, tienen aquí un tono distinto: riquísimas profundidades violáceas que recorre el crepúsculo.

Autóctono. Lo autóctono americano debe insinuarse en toda obra de arte americana. Insinuarse y no denunciarse. Dar-se cuenta de que una obra es americana, porque lo mínimo la denuncia. Como en un jardín de especies universales lo denuncia la flor típica. Lo contrario, la acumulación de elementos americanos, es el carnaval autóctono, no-poesía de palabras deformadas.

Dos corrientes dividen a nuestro arte: cómodamente considerarse europeo o disfrazarse de salvaje. Larreta y Lynch. Cuidar la lengua con toda pulcritud o perpetrar un casi idioma plagado de idiotismos y localismos. Además, todo aquel que se dice que va a hacer arte americano deja de lado toda cosa que no sea el campo. En esa caprichosa geografía, la América Hispánica no es otra cosa que una enorme extensión ralmente poblada por salvajes que intentan no hablar castellano, y que se pasan la vida carneando animales y conduciendo tropillas. Cuando no son los mismos paisanos los que rompen el idioma, aparecen turcos, italianos, ingleses, etc., en su reemplazo. Yo no creo que América sea solamente esto.

Hacer arte nacional no significa hacer folklore ni jugar al carnaval. Significa abandonar todo lo falso, desnudarnos... Significa no buscar lo pintoresco y acentuarlo, como hacen todos los nuestros, sino desechar todo lo pintoresco para que lo reconozcan a uno sin necesidad de disfrazarse. Destacar lo eterno en nosotros.

Las diferencias entre América y el mundo existen, pero no son tan grandes como parecen. Son mínimas, y por eso acumular diferencias resulta tan falso como no denunciar ninguna. Una justa medida de estas diferencias le dará su personalidad

a América. Es lo que debemos buscar, lo que busca todo arte: proporción, clasicismo.

Tenemos una afición: la de la deformación verbal, y esto por miedo a la solemnidad del lenguaje.

Se dice que lo americano es barroco, en razón de Lima y México coloniales. Es posible allá y en aquel tiempo, pero no aquí. A la industriosa labor churrigueresca de frondas, pájaros y frutas, reemplazó aquí el ancho arco de luna de nuestras casonas coloniales.

No es nuestro porvenir, sino nuestro pasado lo que estamos por hacer. Elegir nuestros muertos, nuestra tradición. Nuestra nacionalidad será lo que queremos imponernos.

Americanos, herederos de Europa, se nos ofrecen innumerables caminos. Nuestro deber americano es de austeridad: saber renunciar a muchos, quizá muy vistosos, pero que nos son extraños.

El sentido de lo "americano" quizá esté, más que en otra cosa, en la moral, en la manera de comprender la vida, manera más profunda que la de los del Norte y menos prejuiciada que la de Europa.

Lo nuestro ya está dado, medianamente dado quizá, pero dado, en algunos pobres antecedentes de nuestra alma (personajes creados: Martín Fierro, etc.; personajes prototípicos: gaucho, compadre, etc.; objetos: sencillez de nuestra arquitectura, rancho, etc., y otros mil en mil direcciones). Rescatemos de ellos las virtudes y démosles mayor intensidad, afirmándonos para eso en semejanzas extranjeras. Esa base primitiva debe ser la reguladora de nuestra alma. Volvamos a ella para consultarnos.

Hacer arte americano no significa mostrar lo americano (que eso es disfraz exhibicionista) sino privarse, con toda humildad, de mostrar lo no americano, aunque esto nos atraiga. Significa reprimirse.

Es enfermedad de jóvenes en lo intelectual la presbicia: que la proximidad de un objeto impida verlo.

Nosotros, los americanos, somos dueños de escoger nuestros antepasados, de buscar y reconocer a nuestros padres, de elegir nuestra suerte. Somos dueños de nuestro sortilegio. Como hombres sin prejuicios ni obligaciones, podemos viajar cómo los por el pasado.

El placer de la historia no es otro que el de mirar las cosas a la distancia, alumbradas de días y leguas. Es semejante al de contemplar un crepúsculo: gustar lejanías. Placer bien nuestro.

En la época de la Conquista, la única literatura americana que existe es la de los cronistas, y es bien americana y de su época por su afán de sueño. Ella es la más segura base de toda literatura americana. Es americana no por afán de americanidad, sino porque sí, porque era de América que había que hablar y ella sola era la que interesaba para el asombro.

Criollismo, criollo: lo que distingue a lo americano de lo europeo (definición del "Larousse").

Nuestra poesía debe ser musical para descubrir su personalidad. Toda poesía arquitectural es fruto del tiempo. Ejemplo: para llegar a las "Soledades" o a Mallarmé se necesita toda una literatura, no así para una copla, en la que influye el tono. América logrará una poesía americana, por ahora, sólo musical.

Lo clásico. Podríamos definirlo diciendo que es lo que sólo merece una admiración larga y lenta, lo que no se entrega apresuradamente, lo que secretamente nos deslumbra: lo que no asombra. Definiéndolo así, sería más clásico el paisaje de la pampa, lento y firme amor, que el de Grecia, deslumbramiento del aire.

He tratado, durante algún tiempo, de descubrir en nuestra poesía, ya popular o culta, lo que más insistentemente asomaba, lo que nos podría pertenecer por un decidido y frecuente acercamiento. En la poesía popular, descendiente de la española, qué temas se elegían de preferencia. El poeta popular repitió las antiguas coplas españolas, deformándolas, olvidó muchas de ellas por encontrarlas ajenas a su alma, otras las repitió incansablemente con un fervor legítimo, sabiéndolas dueñas de su alma.

Ahora bien: Sarmiento, que no gustaba del verso, pero que conocía profundamente la belleza de la pampa, dice en el *Facundo*: "La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía. El hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que lo preocupan despierto". No estaba lejos de la verdad cuando sospechaba esto. Nuestra más auténtica poesía ha sido una frecuentación de estos temas.

Además, he encontrado en ella un sabor de burlería, esporádico, que le hace comprender la inutilidad de todo gesto. Por estas razones se ha dicho que el poeta español más cercano a lo criollo es Quevedo. En él aparecen todas las virtudes de nuestra poesía: el presente tema de la muerte, el liberalismo — y a veces destrozo verbal, la comprensión de humanidad, la burlona sonrisa.

Algo también típico es la ausencia de sensualismo. El Renacimiento no entró hasta estas orillas. Borges dice de los versos de Garcilaso: "versos italianados, chiquitos en América". Nuestra poesía no es visual. Entre los pueblos americanos, México es un país de poetas con ojos. La luz los ayuda. Hasta el mismo matiz que, según Henríquez Ureña, caracteriza a la poesía mexicana es matiz de crepúsculo que encierra una alusión cromática. La naturaleza mexicana se ofrece a los ojos. Aquí, por el contrario. Los famosos pintores argentinos han pintado paisajes de otras regiones, pero no de pampa. Sólo uno ha mostrado a la pampa enteramente, un hombre que no ve los colores: Alberto Güiraldes, un dibujante. Los restantes han pintado campos, pero no pampa. Si buscamos las directas menciones de color en *Martin Fierro* veremos que son muy escasas.

Distinto el paisaje uruguayo que sólo está formado por luz. Los cuadros de Figari: un resplandor azul, el Uruguay de mi infancia.

Nuestro paisaje no es para ser mirado, sino para pensado. De ahí que nuestra poesía sea más filosófica, sentenciosa, que plástica.

Lo criollo es lo castizo, pero de antes del Renacimiento. Yo considero más criollo, o simplemente criollo, al *Cid* que a Garcilaso. No hay duda.

Más cercanos de lo castellano que de lo levantino. Yo, descendiente de levantinos, lo digo. No es renegar. A Machado más cerca que Azorín. ¿Y Unamuno? Más cerca, aún.

Tema principal en toda la humanidad: el de la muerte. Por ahí se define el hombre. Tema principal, también, del gaucho. No en vano descendía de españoles. En España es tema. ¿Qué pensaba el gaucho de la muerte? Como estudio preliminar que los filólogos aún no han hecho, un estudio de las palabras que expresaban muerte. Por ahí andan el verbo "despenar", tan empleado por el gaucho y tan lleno de significado; y el "disgraciarse", que es todo un hallazgo.

Quizá otro de nuestros rasgos sea el de la conciencia del tiempo que pasa, del hombre que se carga de recuerdos, de ecos. En el fondo del silencio siempre se escucha el roce del tiempo que se gasta, del río que corre... ¿Acaso una de nuestras expresiones más típicas no es: "¡Ah tiempos!..."?

Condición nuestra es ser tristes y estar solos.

Nuestro quizá único tema poético: el de la soledad. Pero es el que nos pertenece.

EDUARDO JORGE BOSCO